

Dentro de una línea mucho más barroca se inscribe a pesar de su parentesco con el arte virreinal guatemalteco el antes aludido convento mejicano de Santo Domingo, en San Cristóbal. Su impresionante fachada de tres cuerpos verticales y cinco horizontales es posiblemente la más suntuosa y la más barroca y salomónica de ambas Américas. Siete hornacinas para siete santos aumentan la movilidad de la fachada y rompen muy acertadamente la uniformidad ornamental del conjunto. Las torres son de muy escasa altura para evitar que algún seísmo pueda derribarlas. Entre los retablos ricamente ornamentados destacaron en el siglo XVIII el de la iglesia de San Francisco Javier, en Tepetzotlán, y el de la de Santa Prisca, en Taxco. Ambas iglesias tienen además unas fachadas espectaculares y en la primera se conservan algunas excelentes pinturas y esculturas de la época virreinal de Méjico, entre las que se incluyen también algunas venidas de Filipinas, archipiélago que en aquel entonces no dependía de Sevilla, ni de Madrid, sino de la capital del Virreinato de la Nueva España.

La pintura mejicana de los tiempos virreinales fue una de las más importantes de América, en especial en lo que se refiere a los murales, cuya tradición era en Méjico milenaria. En Tetela del Volcán, Estado de Morelos, se inventó en el convento de los Dominicos un tipo de factura muy tenue, con infiltraciones manieristas de exquisita distinción. Se trata de una serie que llena el claustro con imágenes sagradas de factura personalísima, que la diferencia de todos los frescos de América y Europa. Igualmente notables son los del convento de los Agustinos en Actopan, más movidos y con un espíritu ingenuo en su dibujo ondulante y una gran maestría en sus magníficos ritmos compositivos. Los murales se hallan en el cubo de la escalera y en todos ellos hay —igual que acaecía algunas veces en España— una sucesión de escenas diferentes que pueden «leerse» como si de las ilustraciones de un manuscrito medieval se tratase. Al siglo XVI pertenecen asimismo los murales de la iglesia de los Agustinos de Ixmiquilpan, bien entonados en dominantes nacareñas, rosáceas o rojizas y con utilización preferente del dibujo plano de muy precisa delimitación. No sería tal vez imposible detectar en esos frescos algunos ecos de los murales mayas y teotihuacanos y de los mudéjares toledanos de la iglesia de San Román.

En el siglo XVII la influencia de la pintura española era grande, pero sin que ello llegase a poner en peligro la capacidad de invención de los pintores mejicanos. La pintura al óleo sobre lienzo acabó por imponerse, y cabe destacar obras como la *Purísima Concepción*, de Baltasar de Echave Ibia, más riberiana que murillesca, la *Adoración de los Reyes*, de Baltasar de Echave Orio, muy barroca en su equilibrio inestable, en sus contrastes cromáticos y lumínicos y en las actitudes un tanto manieristas de algunas de sus figuras y el *Entierro de Cristo*, de Antonio de Santander, con posibles influencias flamencas en las actitudes y en el plegado de algunos paños, perfectamente compatibles con un trasfondo manierista, puesto, al igual que acaecía en España con «el divino Morales», al servicio de una religiosidad intensa.

En el siglo XVIII la encantadora *Alacena*, de Antonio Pérez de Aguilar, que puede admirar muy detenidamente en la espléndida Pinacoteca Virreinal de México D.F.,

es una sencilla y emotiva pintura que se adelantó en casi doscientos años a la época en que fue pintada y puede, con su factura minuciosa, serena y antiespectacular ser un delicado antecedente de las creaciones de algunos pintores españoles notables por la ternura de su ejecución y su altísima calidad, tales como Amalia Avia y Antonio López García.

La gran escultura virreinal fue tan importante como la espléndida pintura recién recordada. En el siglo XVI las cruces de piedra llamadas «tequitqui» en lengua nahuatl («tributo», en español) destacan por la perfección de sus frondosos relieves, preferentemente figurativos, pero también abstractos en buena parte de los mismos. Entre las más hermosas figuran la del cementerio de San Juan Atzacolco, D.F., y las de los monasterios de los Agustinos en Acolman y de los Franciscanos en Cuatitlán. Tienen un curioso parecido con los cruceros de las regiones celtas, en especial con los de Galicia y Bretaña y se hallan, como ellos, prolijamente labrados en la totalidad de su superficie. Las fachadas de algunas capillas e iglesias, tales como la de Calpan, abundan en altorrelieves con figuras de gran tamaño y un cenefa de grecas con ornamentación abstracta o floral y con «vieiras» (conchas de peregrinación), realizadas posiblemente por maestros de obras que habían recorrido antes de emigrar a la Nueva España el «Camino de Santiago» y que habían contado en su nueva residencia con la ayuda insustituible de los canteros aborígenes. Igualmente hermosas eran las estatuas de las hornacinas de algunas de las capillas de esa misma iglesia. Sumamente atractivas eran en otras iglesias las abundantes pilas bautismales y los rosetones muy a menudo historiados que las enriquecían.

En el siglo XVII las fachadas ricamente historiadas y con imágenes de piedra en las hornacinas, pueden competir con las peninsulares. Destacan entre ellas las de la iglesia de la Merced, en Atlixco, y la más mesurada de la antes estudiada iglesia de San Cristóbal de las Casas, cuyo refinamiento neoclásico contrasta con la gran explosión barroca de la anterior. Una de las grandes cimas de esta frondosa ornamentación escultórica se halla en los relieves de ángeles músicos del coro de la capilla del Rosario, en Puebla. Más elaborados y con una policromía de altísima calidad son las imágenes de la capilla de los Medina Picasso en la iglesia de Regina Coeli, en Ciudad de Méjico. Esta última obra maestra tiene una calidad tan alta como la de las piezas más eminentes de la imaginería castellana y andaluza del siglo de oro español.

La imaginería policromada del siglo XVII era técnicamente excelente, pero su terrible realismo con heridas y chorros de sangre resultaba en exceso impactante en obras de tan digna ejecución como *Cristo atado a la columna* de la parroquia de Santa Prisca, en Taxco, o la de igual nombre de la parroquia del Señor del Desmayo, en Guanajuato. El siglo XVIII, que fue brillantísimo en Méjico en otros aspectos, hasta el punto de que el ecuánime historiador Alexander V. Daves había llegado a llamarle en el título de uno de los libros de su autoría *El Siglo de Oro de la Nueva España*, fue a diferencia de lo acaecido con la pintura, nulo o casi nulo en la escultura adentrarse en los fríos y desangelados caminos del neoclasicismo que era sin duda el estilo

que peor se avenía con el carácter iberoamericano y con el de la Península Ibérica.

En el Virreinato del Perú había, al igual que en Méjico, una síntesis intercultural que dio sus mejores frutos en las más importantes ciudades de las actuales naciones, Perú, Ecuador y Bolivia, conocida esta última durante el virreinato con el nombre de «Alto Perú». En Perú la mejor arquitectura virreinal es la del Cuzco, ciudad en la que los restos de edificios incaicos que hemos recordado en nuestro artículo antecedente, parecen dialogar sin término con las construidas por los españoles con la ayuda insustituible de la mano de obra indígena. La catedral es una de las más extraordinarias de Iberoamérica y fue iniciada por el arquitecto español Francisco Becerra, a quien se debe, asimismo, la de Lima. A la muerte de Becerra lo sucedió en Lima Juan Martínez de Arroma, quien añadió a la obra renacentista de su predecesor siete portadas barrocas entre las que destaca con sus columnas salomónicas, sus hornacinas y el neto arco casi carpanel que la corona, la de la fachada principal. Ambas catedrales son más horizontales que verticales y ello rubrica su aplomo y su equilibrio exactísimo. Las torres son bajas en la del Cuzco y algo más altas en la de Lima. La catedral del Cuzco la continuó, tras la muerte de Becerra, Bartolomé Carrión, y poco más tarde, tras el terremoto de 1650, se inició el esplendor barroco de la mejor arquitectura cuzqueña. Una de sus obras maestras es el templo de la compañía de Jesús, diseñado y dirigido por el jesuita Juan Bautista Equidiano. Data de 1590 y las obras de reconstrucción tras el terremoto no se terminaron hasta 1698. Se halla en la Plaza Mayor y compite frente a frente con la catedral. La fachada es barroca y hay un equilibrio perfecto en la movilidad de sus arcos y en el aplomo exacto de su baja fachada principal.

En Lima algunas casas virreinales de un solo piso tendían a un despojamiento con ecos platerescos, que se daban también en un contexto muy diferente en las dos grandes catedrales peruanas. El convento de la Merced, iniciado en 1628 por Pedro Galeano, es un buen ejemplo del barroco limeño que alcanzó en el siglo XVII su máximo esplendor en espacios interiores tan lujuriantes como los de las capillas laterales de la iglesia de San Pedro, o como la fachada de la de San Agustín, orquestación perfectamente armonizada de tres franjas verticales de tres niveles cada una y de arcos quebrados, columnas salomónicas y hornacinas con imágenes de fina labra. La arquitectura civil alcanzó su máxima altura en el palacio de Torre Tagle, con un gran patio acogedor y sencillo y una portada barroca cuya parca ornamentación se continúa en la segunda planta del edificio. Son muy hermosas las dos galerías cerradas de diferentes tamaños, sobrias, avanzantes y con escasos pero delicados ornamentos geométricos.

En Arequipa, Puno, Ayacucho, Cajamarca y Trujillo abundan, asimismo, las obras arquitectónicas de gran calidad, entre las que destacan las iglesias de la Compañía en Arequipa y Ayacucho. La catedral de Puno era despojada en sus dos cuerpos laterales y con moderados elementos barrocos en el cuerpo central de su fachada. Eran asimismo destacables la espléndida fachada barroca ornamentada en toda su exten-